



Fundación
Arte y
Mecenazgo

CÍRCULO ARTE Y MECENAZGO

ALEGRÍAS Y PENAS DE UN
APASIONADO DEL ARTE

ÉRIC DE ROTHSCHILD

© del texto, su autor
© de la traducción, su autor
© de la edición, Fundación Arte y Mecenazgo, 2015
Avda. Diagonal, 621, Torre 2, Planta 4, 08028 Barcelona

Alegrías y penas de un apasionado del arte

Éric de Rothschild

Para empezar me gustaría explicar que la razón por la que estoy aquí es que Leopoldo Rodés, con quien manteníamos una estrecha relación, me pidió que viniera. Recibimos la noticia del accidente que se lo llevó con completo horror e incluso incredulidad. Incredulidad porque Leopoldo era la vida misma y hacía que todo lo de aquí fuera mejor. Tenía una energía fuera de lo común y muchas pasiones, entre ellas, desde luego, el arte. Lo que hizo por el MACBA y como presidente de esta Fundación fue absolutamente extraordinario. Hay un detalle que me parece el más relevante, y es que cuando todos sus nietos, en el funeral de Barcelona empezaron a hablar de él, una de las cosas más conmovedoras —y todos lo mencionaron— fue que adoraban cuando los llevaba a los museos. Se los llevaba a los museos, que era algo que él consideraba importante. Resulta interesante que, cuando hablaban de él, lo recordaban como alguien que les había introducido al arte, y eso realmente demuestra su fantástica capacidad para transmitir su entusiasmo a todo el mundo. Cuando ves que son los jóvenes los que comparten ese sentimiento, te das cuenta de que tenía un poder único, una energía bastante especial

Así pues, fue él quien tuvo la capacidad de persuadirme para participar en este programa, porque me siento un tanto incómodo aquí ante ustedes, todos expertos, ¡personas que seguramente saben infinitamente más que yo! Les voy a hablar en calidad de apasionado, de aficionado. No me gusta la palabra coleccionista... Hoy en día, en muchas ocasiones, uno se sienta en cenas elegantes junto a alguien a quien no conoce, y esa persona se gira y pregunta: «¿Usted colecciona?». En mi opinión, es lo más horrible que se le puede preguntar a alguien, «¿Usted colecciona?». «¿Le gusta el arte?» bien, pero «¿Usted colecciona?». Hay algo un poco codicioso en la idea de coleccionar, y a mí me gusta mucho más ser considerado un inocente aficionado al que le gusta contemplar pinturas, tocar esculturas, examinar grabados... Alguien enamorado del arte contemporáneo, del arte primitivo... Disfruto de todas estas cosas. Disfruto muchísimo contemplándolas, y diría que es uno de los placeres de la vida. Al dirigirme a ustedes, al echar un vistazo a esta sala, creo que posiblemente comparto esta pasión con muchas de las personas que están aquí. Y no sé si diría que colecciono pero, cuando puedo y cuando siento que hay un objeto artístico con el que, *sín* el que no puedo vivir, y tengo los medios para poder..., entonces intento comprarlo, o, si está en un museo, voy a verlo tan a menudo como puedo. Mi cuñado, Pierre Rosenberg, que estuvo aquí hace unas semanas, siempre dice: «Éric, tu colección es completamente ridícula, ¡sólo has comprado lo que realmente te ha gustado!». Y yo respondo, «Sí, así es, pero no lo he comprado con la idea de que esto va con aquello, esto es un cuadro creado justo en el momento en que este artista dejó de pintar paisajes y empezó a hacer

retratos, o en que de repente descubrió algo sobre la perspectiva, etc., o este es el primer cuadro o el último cuadro que hizo antes de eso...». No. No es esa forma de coleccionar, como digo, sino que más bien depende de la propia obra de arte.

Debo confesar que me siento increíblemente afortunado; he tenido mucha suerte a lo largo de mi vida de coleccionista, diría. La primera razón quizá sea el hecho de haber nacido y crecido en una familia que siempre ha contado con extraordinarios coleccionistas. Es muy llamativo: en cada generación ha habido miembros que necesitaban llenar sus casas, así que compraron muebles de Reisener y pinturas de Rembrandt porque era lo más apropiado para las paredes, pero siempre hubo otros en la familia, en cada generación, que realmente adoraban sus obras de arte.

De modo que tuve la suerte de crecer en una casa con unos padres que eran realmente grandes amantes del arte. Una anécdota divertida es la cantidad de retratos de familia, bastante aburridos... Pero en mi familia es interesante comprobar que a mi madre la pintó Balthus, a mi hermana la pintó Giacometti, a mi mujer la pintó Mike Andrews, ¡y a mí me pintó Warhol! Como ven, tenemos una selección bastante amplia, lo cual demuestra que a la familia realmente le gustaban los artistas. Debía de tener buenas relaciones con ellos, y ellos [los artistas] querían pintarlos.

También fui muy afortunado porque a mediados de los sesenta me encontraba en Londres, y en esa época Bacon, Freud, Andrews y Auerbach estaban todos al inicio de sus carreras. Al conocerlos a casi todos personalmente, bueno a Freud bastante bien, a Mike Andrews, Bacon un poquito... Era una época en la que uno ya podía sentir que [era] coleccionista, y además tuve mucha suerte porque justo estaban empezando y era posible, incluso con un presupuesto modesto como el que yo tenía entonces, comprar algunos de sus cuadros.

Hablando de retratos, resulta curioso comprobar que mi tatarabuelo, que también era un verdadero amante del arte, le encargó un retrato de su mujer a Ingres, y uno de su hija a Ary Scheffer. Puede que no todos ustedes hayan oído hablar de Ary Scheffer; en ese momento, el de Ary Scheffer le costó más que el de Ingres, lo cual demuestra que, a lo largo de la evolución del gusto, las preferencias basculan de un artista a otro. A menudo me pregunto, al ver a todos los artistas jóvenes, especialmente ahora, qué es lo que va a pasar con su cotización. Yo estaba en Nueva York en los setenta, y allí me hice muy amigo de Warhol, de Lichtenstein, etc. ¿Pueden imaginarse lo divertido que debía ser estar en The Factory en esa época con Warhol? Era algo extraordinario, veías a un número ingente de artistas, veías a Warhol que desbordaba energía y pasión, etc. Fue una época apasionante. Y eran jóvenes, así que si uno tenía algo de dinero podía adquirir sus obras.

Pero lo interesante sobre esa época, tanto en Londres como en Nueva York, es que creo que era un momento en el que me sentía totalmente seguro de mí mismo. Sabía que Freud era un gran artista, lo sabía sobre Andrews. Compré un Bacon, pero la verdad es que lo adquirí mucho después, ya que en aquella época

no llegué a encontrar el que me gustaba de verdad. El que compré lo compré bastante después. Pero estaba completamente seguro de que eran grandes artistas. Mi primo León Lambert en los sesenta y setenta era un banquero brillante, pero también era un joven coleccionista brillante, yo me sentía muy próximo a él, más en el terreno del coleccionismo que en el de la banca. León me dijo: «¿Sabes? Con el arte moderno, con el arte contemporáneo, uno sólo colecciona bien durante diez años de su vida». Así pues, durante diez años eres entendido en arte y es tu tiempo, estás completamente en ósmosis con esos períodos. Yo era totalmente consciente de que Warhol era un gran artista, y de que tenía esa capacidad de destilar el ambiente de la época, de los años setenta, en Nueva York, una época realmente fascinante porque era un tiempo en el que América estaba madurando. Era el final de la guerra de Vietnam, y de repente no se quería que todo fuese en blanco y negro, ni tener una visión simplista. Si observan la publicidad de la época, a finales de los sesenta y en los setenta era casi infantil, y luego en unos pocos años cambió completamente. Warhol de repente ridiculizaba el signo del dólar y demostraba que había cierto interés. Y surgieron las latas de sopas Campbell, algo que mostraba por lo que estaba pasando América. Era el final de una etapa, y eso me pareció especialmente interesante. Hago rabiar a mi cuñado [Pierre Rosenberg] cuando digo que existe una gran similitud entre Warhol y Fragonard. Y ustedes dirán, «¿Por qué Fragonard?». Fragonard pintaba en la época de la Revolución Francesa, y cuando contemplamos *El columpio* o visitamos la [Colección] Frick notamos que hay angustia en esas pinturas, que realmente demuestran que la maravillosa época de los reyes felices en Versalles está a punto de terminar. Y cuando contemplamos los cuadros lo descubrimos, y por eso me gusta tanto Fragonard. Puedo pasarme horas contemplando sus pinturas porque contienen una suerte de angustia y de tiempo suspendido. Mi cuñado no está en absoluto de acuerdo, se lo puedo asegurar.

Más tarde estuve en París, donde tenía muchos amigos artistas y conocía a varios marchantes. Una marchante, de la que estaba totalmente enamorado aunque me llevaba unos treinta años, era Marianne Feilchenfeldt. No sé si algunos de ustedes han oído hablar de ella: era una señora alemana que acabó en Zúrich después de la guerra y tenía un ojo extraordinario. Yo solía acompañarla; estudiaba en Zúrich y solía almorzar con ella una vez por semana. Me enseñaba lo que tenía en venta, y siempre tenía las mejores obras. Realmente tenía una manera única de elegir los *chefs d'oeuvre*. Yo siempre he intentado hacerlo, y es que, cuando te gusta un artista, se trata de esperar hasta que surja algo que es verdaderamente su *chef d'oeuvre*. Quizá esté presumiendo, pero creo que tengo por lo menos dos, o quizá tres que, para mí, están en esa categoría de obras maestras. Un Balthus extraordinario, que procedía directamente de Renou, su primer marchante; y cuando éste murió, Marianne [Feilchenfeldt] era la encargada de velar por la colección, que sus hijos no querían, y me dijo: «Este es el cuadro que deberías comprar, Éric». Y yo rompí la hucha y lo compré. Pasó lo mismo con un Bacon muy bonito que tengo, titulado *Two Figures in the Grass*

(Dos figuras en la hierba), y lo que me encanta de él es que contiene una gran ternura. Más adelante conocí a Bacon, y lo que sentías con él era que se preocupaba por los demás. Cuando estaba borracho era terrible, se peleaba, pero cuando era él mismo realmente era muy cariñoso. Y esa ternura se trasluce en su pintura. Creo que quizá sea una de sus pinturas más extraordinarias, y de nuevo fue el propietario, no sé por qué, quien me llamó a mí primero, y dijo: «Tengo *Two Figures in the Grass* a la venta. ¿Lo quiere?». Así que rompí la segunda hucha y me lancé, y lo pude conseguir.

Y recientemente tuve la oportunidad de comprar un Poussin. Hacerme con él fue también parecido a una aventura, porque había sido prometido al Louvre de Abu Dhabi, pero el jeque no vino a verlo en la fecha acordada y el propietario dijo: «Le di la prioridad en esa fecha, la fecha ha pasado, se lo puedo vender a otra persona». Indiscretamente les diré que había visto la pintura, así que cuando el señor me llamó y me dijo «¿Lo quiere?», respondí «Claro que lo quiero, ¡mañana tendrá el talón!». Así que de nuevo, creo, era cuestión de aprovechar la ocasión y de asegurarte de olvidar por completo de si la pintura es o no demasiado cara.

Siempre digo que sólo me arrepiento de las pinturas que no he comprado. Ese es mi mayor remordimiento. Es curioso, porque nunca he tenido asesores. La verdad, como decía, siempre he comprado por impulso. Me gusta mi colección.

El mundo del arte se encuentra en un momento muy curioso, probablemente es una burbuja. La burbuja seguramente se debe a que no existe mucho arte bueno ahora mismo, y que cada vez hay más y más personas que quieren comprarlo. Es un poco como el vino; existe una cantidad limitada de vino y hay cada vez más y más personas que quieren comprar. Exactamente igual que lo que ha pasado con el vino. Los rusos empezaron a comprar arte y ahora tenemos a los chinos, los magnates... Ahora está de moda coleccionar, de ahí que la gente pregunte «¿Usted colecciona?».

Hay algo que me parece muy alarmante, y es que hoy en día el arte se está convirtiendo en una cuestión de marcas. De repente, ves cuadros que no tienen ningún interés pero que son de un artista famoso, y entonces se les asignan unos precios que me parecen totalmente ridículos. Son marcas. Pero esta semana he comprobado que la calidad vuelve a relucir. Seguramente en muy poco tiempo los compradores se han sofisticado, porque ves las diferencias de precios en una colección extraordinaria, pero hasta cierto punto es una colección de marcas, de nombres. Los precios alcanzan cifras altísimas y muy poca gente puede siquiera plantearse comprar. Sólo unos pocos sí pueden. Es un mercado que ha sufrido los efectos de una burbuja, aunque últimamente me parece que la importancia de los nombres ha disminuido un poco y ha subido la de la calidad.

Quería concluir en ese punto: creo que amar el arte no tiene nada que ver con el dinero, no tiene que ver con la posesión, se trata más bien de un sentimiento maravilloso. La semana pasada estaba en Nueva York, tenía dos mañanas casi libres y pasé una en el Met y otra en el MoMA. Tuve esa sensación maravillosamente cálida, extraordinaria, que tenemos cuando contemplamos el

gran arte. Para mí es un momento de placer, un momento de paz, un momento de comprensión. También es un momento de compartir, y esa es la alegría del arte. Y siento, para establecer una comparación, que cuando estás en un museo es como si te calentara el sol. El sol pertenece a todos, así que ves esos cuadros que pertenecen a todo el mundo pero sientes esa maravillosa sensación de cuando te calienta el sol. Y cuando estás en tu propia casa y es tu propia colección, es un poco como si te calentara tu propio hogar. Debo confesar que yo siento ese calor y me siento, como digo, muy afortunado por haber podido sentirlo. Es un calor que te dan tu propia alma, los artistas, los marchantes a quienes conoces, los aficionados, pero también tu familia, tus amigos. Me siento muy afortunado por haber podido tener esta pasión y, con los escasos medios de los que disponía —que crecerían a medida que pasaban los años—, haber podido satisfacerla adquiriendo un determinado número de obras de arte y teniéndolas en mi casa.

Muchísimas gracias

P: Me gustaría que nos hablara de sus grandes decepciones.

ER: Ah, mi mayor decepción... Mi mayor decepción fue cuando no logré comprar los cuadros que no compré. Una de las pinturas que recuerdo muy bien era un *chef d'oeuvre* de Marquet. [Albert Marquet] pinta puertos, etc. En una ocasión había una pintura, que tenía Marianne Feilchenfeldt, y era un cuadro hermoso de una chica desnuda que llevaba (aún lo recuerdo) unas preciosas medias lilas, y era en la época en que yo era estudiante en Zúrich. Estaba muy por encima de lo que yo podía pagar. Y recuerdo la tristeza que sentí al no poder hacerme con él. Y hay algunos Schielles que me gustan muchísimo, que no pude comprar. Pujé por ellos pero me superaron, y ese fue un momento triste. Cuando yo era joven, me vi obligado muchas veces a cambiar cuadros porque no tenía dinero suficiente, así que tenía que dar uno para poder obtener otro. Esos cuadros que tuve que dar para obtener otros (que hoy adoro), me entristece no haber tenido la capacidad de conservarlos.

P: Además de coleccionista, sabemos que es un gran defensor de los artistas a través de la Fundación. ¿Nos podría hablar un poquito de la Fundación que preside? Al parecer es una de las más importantes de Francia en su ámbito.

ER: La FNAGP [Fondation Nationale des Arts Graphiques et Plastiques] tiene una estructura muy curiosa. Fue creada por Bernard Anthonioz, uno de los asesores de Malraux cuando era Ministro de Cultura. El Estado, de hecho, era propietario de dos curiosas casas del legado que habían sido cedidas (una por mi tía tatarabuela; la de la rue Berrier, esa casa preciosa junto al Faubourg Saint-Honoré en el centro de París), y la otra una propiedad extraordinaria en Nogent-sur-Marne. Anthonioz juntó las dos y creó esta Fundación. También hubo una donación de las hermanas Smith-Champion [Madelaine Smith-Champion y Jeanne Smith]. Una de las razones de ser de Nogent era acoger a artistas

ancianos; se restauró como residencia para artistas ancianos y era un lugar absolutamente maravilloso. Pero el Estado lo tenía todo completamente parado hasta que se constituyó la Fundación y empezaron a gestionarlo de manera más inteligente.

Un buen amigo, Dominique Bozo, al frente del Pompidou en ese momento, me rogó que me ocupara del proyecto. En cuestión de unos seis o siete años transformé la estructura encargada del cuidado de la gente mayor en una institución organizada, respaldada por el Estado, y desde entonces dejó de costar dinero. Así que todos aquellos artistas que no podían pagar tuvieron una pensión del Estado. Desde que pudimos darle forma a la Fundación conseguimos hacer muchas cosas, en particular alquilar bien todas las propiedades, que no lo estaban. En general, también cuida a los artistas cuando son jóvenes y productivos, porque concedemos becas a la creación, de modo que cuando un artista no dispone de dinero suficiente para crear una obra de arte que realmente quiere crear, le podemos dar hasta cincuenta mil euros para conseguirlo. Y no hay ninguna otra estructura en Francia que tenga los medios para hacer eso, porque nosotros distribuimos más de medio millón de euros al año. Por otra parte, tenemos muchos estudios, muchos *ateliers*, así que les podemos dar espacios donde trabajar y cuando envejecen podemos cuidar de ellos. Nos ocupamos de todo el proceso. Es muy satisfactorio presidir un lugar así, especialmente hoy en día. La primera parte, la de ayudar a los artistas cuando son jóvenes y productivos y necesitan apoyo se inició hace sólo tres o cuatro años. Aunque soy presidente desde 1989, lleva mucho tiempo cambiar este tipo de estructuras.

P: Pregunta inaudible.

ER: Yo compro pinturas y escultura y, de hecho, de vez en cuando vendo muebles para comprar cuadros. Hasta cierto punto piensas en lo que compras, y también tienes que pensar en tus hijos. En realidad ellos no quieren tener muchos muebles de esos. Pero creo que si las obras de los pintores clásicos no son muy grandes les encantan. Cuando mi hijo mayor tuvo su apartamento se llevó una obra del Chevalier Voltaire [Pierre-Jacques Voltaire] de la explosión del Vesubio. Y mi hijo pequeño escogió un Lichtenstein cuando se mudó a su propia casa. Ellos tienen libertad de elección de todo, y ahora es vox populi que mi hermano y yo nos vendíamos esos dos extraordinarios Rembrandts de la colección. Si yo no hubiera tenido hijos, sin duda habría comprado el suyo y me habría quedado los dos. Pero también, en cierto modo, pensaba en mis hijos; no son el tipo de cosas que cabrán en sus casas, donde querrían poner ese tipo de cuadros. Así que no está mal, porque ahora tengo una hucha bastante llena y puedo, incluso en este desorbitado mundo, permitirme hacer nuevas compras.

P: Ha estado rodeado de obras de arte extraordinarias, es coleccionista, ha estado con muchos artistas, ¿dónde cree que está la clave para fomentar el coleccionismo de arte?

ER: Fomentar el coleccionismo de arte... Se puede coleccionar con un presupuesto muy pequeño, y si compras obra gráfica y cosas por el estilo puedes tener una colección maravillosa. El único problema es que normalmente uno empieza a coleccionar algo que es muy barato, y al cabo de diez años de repente ya no lo puede comprar porque se ha vuelto demasiado caro. Amo los grabados, los grabados clásicos, y se podían obtener por muy poco, incluso los grabados buenos, los mejores ejemplares, y ahora, si quieres un buen grabado son muy caros. Pero se trata más bien de animar a la gente y convertir los museos en lugares que la gente quiera visitar, y eso está pasando. Hace años, cuando se montaba una exposición, la visitaban cinco mil o diez mil personas. Hoy en día hay exposiciones importantes, incluso de pintores clásicos... la de Velázquez en París creo que recibió unos cien mil visitantes. Así que la gente quiere verlo. Quizá también se deba a que se ha vuelto popular y que la gente habla mucho de arte, y lo más horrible es que hablan de los precios del arte, y por eso hay tanta gente que lo quiere ir a ver. Hay algo un poco desagradable en eso, pero ciertamente hay una curiosidad que viene del hecho de que la gente habla mucho de las ventas. Hoy en día, el arte está de moda, y en círculos mucho más grandes que antes. Y para ser un magnate de verdad, uno tiene que tener una colección de arte. Las estrellas de cine, de repente, tienen que tener su propia colección de arte o, de lo contrario, no son nadie. Eso está pasando, y creo que eso anima a más y más personas a ir a ver arte, y a mucha gente también a comprarlo.

[CaixaForum Madrid, 10 de noviembre de 2015]

ÉRIC DE ROTHSCHILD



Éric de Rothschild es un influyente banquero y miembro de la séptima generación de una de las familias europeas de mayor tradición.

Nació en 1940 en Nueva York, donde su madre había viajado huyendo del nazismo que había ocupado Francia durante la segunda guerra mundial. Al terminar la guerra regresó a Europa, educándose en escuelas de Francia, Inglaterra y Suiza, país donde realizó estudios de ingeniería.

Su primera experiencia profesional fue en la compañía naviera Saga, propiedad de su familia. Más tarde, en los años 70, entró en el Banco Rothschild en París, donde se centró en finanzas corporativas. Cuando François Mitterrand nacionalizó el Banco Rothschild en 1982, Éric de Rothschild y su primo David crearon una nueva compañía de servicios financieros, PO Gestion, que posteriormente se convertiría en el Banco Rothschild & Associés (y más tarde, en el Banco Rothschild & Cie).

Además de su carrera en el sector financiero, Éric de Rothschild se ha dedicado intensamente al mundo de las artes y la filantropía siguiendo una costumbre muy arraigada en su familia. Actualmente es presidente de la Fundación Nacional de las Artes Gráficas y Plásticas, Presidente de la Fundación Rothschild y miembro de los consejos de administración de Christies's France, Société des Amis du Louvre y del Centro Nacional de Fotografía, cargos que combina con la presidencia del Consejo de Vigilancia del Holding Paris Orléans en Francia así como la dirección general de Rothschild Concordia SAS entre otros.

Conferencia publicada en:
www.fundacionarteymecenazgo.org

Fundación Arte y Mecenazgo
Avda. Diagonal, 621, 08028 Barcelona
aym@arteymecenazgo.org



Fundación
Arte y
Mecenazgo



Obra Social "la Caixa"